

González#99

CIRCULA EN EL DEPARTAMENTO DE ARTE,
FACULTAD DE ARTES Y HUMANIDADES, UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

lunes 20 de octubre, 2008

ENVIADO A hojagonzalez@gmail.com POR Iguana F.

ACERCA DE LA CRÍTICA INSTITUCIONAL...

¿Cómo el artista podría aceptar que haya crítica de afuera hacia adentro?.

Si el artista acepta su expansión hacia un afuera, de manera tal de poder ejercer su oficio pero en campo distintos al los del arte, ¿por qué no aceptar, entonces, que existen muchos campos que pueden llegar a involucrarse, a enterar por un momento, dentro de las instancias de este y criticarlo? Es cierto que Andrea Fraser (2005) se refiere a un requisito de la apertura del campo artístico, pero ¿resulta en realidad así? ¿Es el arte tan generoso y tolerante que acepta la entrada de distintas disciplinas con el fin de inmiscuirse y opinar acerca de la institución artística?

A mi modo de ver el asunto es mucho más complejo que esto. Es importante conocer y comprender que las prácticas artísticas son, y siempre han sido, elementos muy complejos para la sociedad. Su carga simbólica, y no solo física, imprime sobre ellos una necesaria pertenencia al campo del arte para poder comprender o simplemente tener un acercamiento medianamente acertado a una obra o a una institución artística.

Tal vez lo que molesta es la intromisión del crítico de arte en terrenos extraños. Tal vez lo que molesta es esa pretensión por parte del artista de conocer todo a su alrededor y hacer comentarios respecto a tal y cual cosa.

Es cierto. Yo soy política y todos lo somos. Si la pretensión del mundo posmoderno es la de un mundo democratizado, entonces es necesario que desde las diferentes disciplinas se sea políticamente activo; esto no es un problema.

Sin embargo, si los mecanismos de participación política y en general, cultural, en donde cada quien puede y debe opinar respecto a lo que sucede a diario dentro y fuera de su sociedad existen, resulta ser algo injusta la brecha que existe entre una comunidad abierta a opinión y un campo aisladísimo, pero que sin embargo está inserto y se alimenta de esa.

Mientras que el arte critica y propone dispositivos nuevos, se mantiene en constante búsqueda de preguntas y observaciones en relación con su medio ambiente, al mismo tiempo se yergue como impermeable ante una sociedad que no comprende muchas veces su lenguaje.

Tal vez el sentimiento de insatisfacción respecto al arte es esa especie de caparazón que se ha creado en oposición a su exterior, en donde la crítica del arte resulta un ejemplo que vivifica de manera substancial la capacidad del arte de moverse en torno a diferentes ámbitos.

Es una bella condición la del arte en ese sentido. Sin embargo es de reprochar muchas veces su exclusividad, en frente de ese poder que aparentemente detenta este campo.

— Iguana F.



ENVIADO A hojagonzalez@gmail.com POR Sebastián Fierro

Soy un estudiante de arte que desea promocionarse. Me sentiría honrado de poder realizar proyectos de manera individual y colectiva para espacios independientes o institucionales, así que si tiene algún hueco vacío, piense en mí. Mi trabajo nace desde el dibujo, es decir, yo dibujo (sí yo sé, otro más). Que cosa, pero que hacemos si el dibujo es una maravilla y aún no lo han matado, no hay de otra, hay que aprovecharse de el ya que permite tanto. Aunque no discrimino, también un día pinté y otro día hice un video, de manera que sin pretensión alguna me siento capaz de hacer un video, una pinturita o por que no, una fotico.

Si el señor/a Gonzalez lo permite, en esta hoja hay un dibujo mío llamado "El artista del hambre", tal vez no sobre decir que es un autorretrato. Soy un fanático del hambre y la soporto como nadie. Recuerden que estoy que exhibo mi hambre. ¿ Por qué arrebatarme la gloria de seguir ayunando y de ser el mayor ayunador de todos los tiempos?

—Sebastián Fierro

"Las editoriales pierden \$70 mil millones de pesos por fotocopias que de sus libros sacan los estudiantes"
—Centro Colombiano de Derechos Reprográficos

Si desea estar con González, envíe su colaboración al correo electrónico: hojagonzalez@gmail.com

González publica lo que se quiera hacer público. La única regla es usar un nombre, un apellido y aceptar las limitaciones de una hoja de papel. Esta hoja circula al comienzo de cada semana del período académico de clases.

Para considerar en estos días de elevados precios, incertidumbres políticas, amnesia colectiva, humores de todos los colores, veloces consagraciones, frecuentes clichés, historias vaporosas y eventos por doquier, propongo un texto escrito a raíz de ciertos acontecimientos ocurridos hace 47 años.

—N.G.

Mitologías Nacionales

El otro día un joven pintor colombiano, el señor Fernando Botero, escribió y publicó una carta en los periódicos para desmentir la noticia y el comentario respectivo en los cuales se decía que él —el señor Botero— “había triunfado en los Estados Unidos”. No he triunfado, puedo asegurarles a ustedes que no he triunfado, clamaba con cierta cólera ejemplar el señor Botero, a quien la mistificación nacional, puesta en marcha para su caso a través de la publicidad periodística, exasperaba justificadamente.

El señor Botero no parece colombiano, ni menos aún, pintor colombiano. Su caso vale la pena como ejemplo, como excepción y, sobre todo, como contradicción, altamente recomendable, a una detestable y victoriosa actitud nacional que se manifiesta en la incapacidad crítica, la ausencia del sentido de las proporciones y de las jerarquías y en la desvalorización del significado de las palabras. Es decir, en la cotidiana y usual falsificación de los valores y de las categorías.

El subdesarrollo del país nos impide ser modestos y lúcidos, de la misma manera que la ruina económica impide a una familia burguesa dejar de ser vanidosa. Probablemente si ocupáramos la situación histórica de una gran nación en la cual las artes y las letras, la ciencia y la civilización tuvieran en ella misma uno de sus sitios de elección, la manera de juzgar, calificar y apreciar los productos de nuestra inteligencia o nuestro ingenio, y también las personas que los crearan, sería mucho más equitativa y cautelosa. No es así, entre otras razones, porque la impersonal ironía de la historia le reserva a estos pueblos el entretenimiento más o menos peligroso de sus falsas ilusiones. Que las naciones pobres, atrasadas, analfabetas o bárbaras puedan construir todos los días una falsa mitología para satisfacer su ilusión de que están participando en el reparto universal de la gloria, de la civilización y de la cultura, es un derecho invulnerable, que nadie discute como tal. Otra cosa es que el ejercicio de ese derecho, en cada nación, de las características aludidas, engañe a todo el mundo y, por ejemplo, los congolese creen que su país es un faro de la cultura, de la civilización y del arte.

Hace ya por lo menos cuatro siglos —no hay datos sobre la actitud correspondiente de las tribus indígenas precolombinas— que los colombianos ejercemos el derecho de mistificación, indicado por nuestra situación histórica. ¿Ese lapso es ya suficiente? Seguramente no, por las razones anotadas. De la historia nacional hemos hecho una hagiografía, en todos sus órdenes. Los caudillos de la emancipación, guerreros o políticos, son, todos, héroes plutarquianos, y en cuanto a oradores, escritores, gobernantes, etc., el genio es la modesta virtud que nuestra desesperada necesidad de grandeza les asigna. En estas condiciones de exaltación mitológica toda tentativa crítica, por discreta que sea, es reputada como una profanación del sentimiento nacional, como una fuga traicionera en plena batalla. La ingenuidad y la candidez de esta actitud son notorias, pues es bien sabido que la historia no es una triquiñuela ni un subterfugio. Cada pueblo es lo que es y no lo que ese mismo pueblo dice que es. Hace ya muchísimos años también que estamos garantizándonos a nosotros mismos, sobre el papel y en las palabras, la existencia de una civilización suiza, de una cultura política inglesa y de un arte universal en el ámbito nacional, como productos

naturales de nuestra propia historia. Parece, sin embargo, que los hechos de esa misma historia no demuestran con la facilidad y la elocuencia que fueran deseables la presencia de esos frutos. La realidad histórica que nos ha correspondido hacer, y vivir, no casa exactamente con los paradigmas enunciados. Lo cual nos inquieta a todos, sin que por ello dejemos de contribuir intelectualmente a la falsificación diaria de esa realidad.

Que un colombiano, tal el caso del señor Botero, reclame su modesta posición en el universo del arte, la proclame y rechace al mismo tiempo la desorbitada exaltación de que se pretendía hacer objeto para que entrara, a través de la desmesura publicitaria, en el olimpo nacional de cucaña, es un síntoma reconfortante. Es una nota crítica que restituye la verdad, que reclama sindéresis en medio del desborde y de la mistificación. ¿Cuántos gestos intelectuales como el del señor Botero serían necesarios para que el político, el “humanista” el “sabio” colombiano empezara a dudar siquiera levemente de la genialidad y la grandeza y la importancia y la trascendencia que le atribuyen sus respectivos órganos de publicidad, sus correligionarios, sus cómplices o sus amigos? Muchos, ciertamente. Pero no incurramos en otra ilusión. El caso del señor Botero es solitario. Aquí nadie rechaza un adjetivo. Nadie rechaza el bautismo de genio que se le puede otorgar en la pila periodística.

—Hernando Téllez

ENVIADO A hojagonzalez@gmail.com POR Diego García

Perfecto para halloween

Cuando era niño me agradaba el algodón de azúcar hasta que me lo prohibieron porque daba caries, ahora no se si me agrada porque estoy sintiendo algo al entrar a la facultad y ver ese pedazo de masa pudre y radioactivo que se supone esta compuesto por ese tipo de azúcar hilado preparado y sazonado en una maquina especial. La función de la maquina especial consiste en generar nueves de dulces a partir de una diminuta muestra de azúcar, una fuente de calor cercana al borde derrite el azúcar, filtrándose por una multitud de diminutos agujeros y se solidifica al contacto con el aire, formando unos finos hilos. Finos hilos dulces de tacto parecido al del algodón cuando está seco, volviéndose pegajoso con la humedad y derritiéndose rápidamente en la boca vitrina. Aunque la vitrina no tiene humedad y talvez no tenga caries la escena monocromática de finos hilos se redujo a cenizas maza pudre radioactiva, por causas que desconozco pero evidenciaron de nuevo lo vacío que esta ese espacio. Siento algo no tan dulce, suave ni agradable para mi paladar, creo produce otra cosa que no me pasaba cuando visitaba las ferias y los parques, entrando a la facultad de artes estoy sintiendo...

—Diego Garcia

ENVIADO A hojagonzalez@gmail.com POR Lucas Ospina

El derecho al revés

¿Sabía usted que todos los profesores que ponen fotocopias en centros de fotocopiado sin licencia —es decir que no pagan derechos— están incumpliendo la ley?

¿Sabía usted que el profesor que ordena a sus alumnos fotocopiar un libro entero estimula una conducta ilegal?

¿Sabía usted que proyectar películas completas en una clase es un acto criminal?

Y hay más ejemplos... si la universidad no hace algo en relación a los registros de propiedad intelectual y a crear una serie de excepciones sensatas sobre los derechos de autor, el panorama es oscuro para la circulación del conocimiento... ¿Qué está haciendo el Departamento de Arte ante esta situación? ¿Algo? ¿Nada?

—Lucas Ospina
